

SUSCRIPCIONES

	ANOS	TRIM.	SEM.	ANOS
	Pts.	Pts.	Pts.	Pts.
MADRID.....	1'50	4'50	9	17'50
Provincias.....	»	6	12	22'50
EXTRANJERO				
Portugal.....	»	8	16	32
Naciones conve-	»	15	30	55
nidas.....	»	20	40	80
No convenidas.....	»	25	50	100

VENTA

España.....	25	adms.	0'75	pta.
EXTRANJERO				
Portugal.....	25	»	1'25	»
Naciones conve-	25	»	1'50	»
nidas.....	25	»	2	»
No convenidas.....	25	»	2	»

NUMEROS SUELTOS

Del día.....	0'05	peseta.
Atraído.....	0'25	»

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTIFICO Y LITERARIO

SE SUSCRIBE

En las oficinas de El Globo, San Agustín, 2, y en todas las librerías.

ANUNCIOS

REPUBLICANOS

Se reciben en esta Administración, y en la Sociedad General de Anuncios, Alcalá, 6 y 8, entresuelo, y en Barcelona señores Roldós y Compañía, Escudellers, 30.

EXTRANJEROS

En París la «Société Mutuelle de Publicité», rue Caumartin, 61; dirección Mr. Lorette.

REMITIDOS

Precios convencionales.
Toda la correspondencia se dirige al ADMINISTRADOR DE EL GLOBO.

AÑO XVI—TERCERA EPOCA

Domingo 14 de Septiembre de 1890

MADRID—NÚM. 5428

NUESTRO GRABADO

El archipiélago de Canarias constituye una provincia española, y está compuesto de siete islas habitadas y seis isletos de siertos, ocupando una extensión superficial de 8.330 kilómetros poblada por 288.000 habitantes.

Los antiguos tuvieron pocas e imperfectas ideas de estas islas: las llamaron *Afortunadas*, y suponían que en ellas estaban los mítológicos *Campos Elíseos*; las visitaron en épocas remotas algunos célebres navegantes, como el cartaginés Hannon; Ptolomeo las menciona, y Plutarco escribe escasos apuntes acerca de dos de ellas; Plinio cita seis con nombres que no corresponden a los que andando el tiempo tuvieron, y Juba II, rey de la Mauritania, dió noticias más extensas y exactas de ellas al emperador romano Octavio Augusto, al invitarle a reclutar sus regiones entre las gentes del archipiélago.

El año de 1402, el caballero normando Juan de Bethencourt dió principio a la conquista de las islas Canarias por la llamada *Lanzarote*, y el valeroso caudillo gallego D. Alonso Fernández de Lugo sometió la de Tenerife el 29 de Septiembre de 1496, bajo el próspero reinado de los Reyes Católicos.

La ciudad de Santa Cruz de Tenerife, cuya vista aparece en nuestro grabado, es la capital del archipiélago; está asentada en la costa, en la ribera del río Anzaya, sitio donde desembarcó en 1493 el mencionado conquistador.

Tiene ancha bahía y excelente fondeadero; es plaza fuerte de importancia, posee muy buenos edificios, entre ellos las iglesias de la Concepción y de San Francisco, el hospital de los Desamparados y la Maestranza; sus plazas y calles son espaciosas.

Esta ciudad cuenta con justicia, como una de sus glorias más brillantes, la heroica defensa que hizo el 25 de Junio de 1797 contra los ingleses invasores, obligando a capitular al almirante Nelson, quien perdió en el combate el brazo derecho y dos banderas, las cuales se guardan en la iglesia de la Concepción.

Las islas Canarias, por su posición en el Océano y frente a la costa africana, entre los cabo Juby y Bojador, tienen una gran importancia estratégica que nuestros gobiernos no han sabido aprovechar, y lo que es más triste, que no aprovecharán en muchos años.

LOS DOMINGOS

Pasajes

Apenas existirá un español a quien no le sea conocido este nombre; sus batallas le han hecho famoso.

El pueblo se yergue todo a la orilla de la ría; sus casas están muy juntas, como apiladas; diríase que se han colocado allí a empujones, abriéndose paso en fuerza de puños, aterradas ante la idea de no encontrar un huequito en que situarse para poderse mirar en el agua; el lugar tiene una sola calle; los edificios del lado de allá son tristes, plomizos, sombríos; se les conoce su desesperación; la muerte cruel les sujeta al pie del cerro sin permitirles jamás ver la ensenada que sienten murmurar mansamente; su suplicio es el suplicio de un ciego.

Y sin embargo, las casitas pegadas al monte ostentan una belleza bravia incomparable; escaleras de piedra estrechísimas que se pierden en el arbolado; a lo mejor un trozo de umbría entre dos tapias; un tejado al que un álamo ha tomado por su cuartera coronándole de hojas; verdades que suben serpenteando y que parecen nacer en una pared ruinosa y venerable; un peñasco de Granada; eso es el Pasaje que se reanuda en el monte; a un extremo se alza la iglesia de San Juan, al otro la de San Pedro; son dos templos humildes que sólo aspiran a su misa rezada; a la primera catedral se adivina la profesión del pueblo; el olor a jarcias, las redes puestas a secar, los botes que se distinguen tumbados junto a algún casuco, lo revelan; la pesca; en una punta próxima al mar, subiendo por un senderillo escarpado, se alza un solitario castillejo; enfrente, cierra otra coma la embocadura de la ría; a la derecha se extiende el Cantábrico; el paraje es de una hermosura suprema.

Las batallas tan manoseadas de lejos por la fantasía son ni más ni menos que mujeres del país, desnudas de pie y pierna, que se dedican a pasar viajeros en la barca; un rasgo distintivo es llevar el moño envuelto en un pañuelo y sobre él un sombrero marinero de palma con cintas negras inclinadas sobre la frente; el sol, la brisa del mar, la rudeza de su oficio les da ese tostamiento de piel y esa enjuta parquedad de carnes de la verdadera fortaleza. El sitio donde desembarcan los pasajeros es un fresco emparrado de enredaderas; allí, bajo el toldo del follaje, se sirven

entre otros manjares riquísimos ostras; un tropel de chiquillos le sale a uno al encuentro brindándole a guiarle a la fábrica de porcelana; da gozo verlos; todas las criaturas son carnosas, coloraditas, plásticas, rebosando salud; parecen angelillos de Rubens... ¡Oh todo vivificador de Pasajes, a cuantos niños pálidos de Madrid volverías los arreboles de las mejillas!

Rentería.

Está más allá de Pasajes; como para ir a éste, se toma el tranvía en su pintoresca estación de Ategorrieta, y después de llenarse las pupilas y el alma de siluetas de casitas de campo, de huertos, de valles, de lomas, de frutales, de álamos, de panoramas; después de pasar por el húmedo túnel por donde se cuecen las viñas; después de dejar a la izquierda el pueblito *veneciano*, se llega a la entrada de un pueblo de gran aspecto, en el que por vía de muestra se descubren tres ó cuatro fábricas que parecen que saludan al viajante con sus ruidos de vapor; es Rentería.

Aquí ya se pica más alto; las casas son buenas, con balcones, de dos pisos, muchas de ellas de piedra; algunas ostentan sobre el dintel del portal escudos nobiliarios labrados a cincel; tiene un bonito mercado de hierro y mampostería y una iglesia antigua, espaciosa, severa; la fisonomía del pueblo es muy extraña; es la de una ciudad pudiente, que lo pasa con des-

sitas se descubren aldeanas traginando, vivas, robustas, fuertes; algún anciano, calado la azul boina, descansa sobre un poyo de piedra a la puerta de su morada; dos ó tres chiquillos, con cartapacio de hule a la espalda, salen atropelladamente de la escuela de Loyola; ha comenzado a anochecer; la melancolía del crepúsculo ha venido a fundirse en la belleza contemplativa del paisaje; la sombra avanza; la quietud adquiere una majestad augusta; los labriegos tornan a su caserío; no estalla en el espacio ningún tableteo de campana, pero el corazón presiente la hora religiosa y se arrodilla.

Bayona y Biarritz.

Las dos expediciones obligadas para los veraneantes; cuestión de un par de horas de tren. Bayona es una población populosa, grande, bulliciosa, en la que desde luego se advierte ese movimiento efervescente de las ciudades mercantiles, y sin embargo se trata de una plaza fuerte, observación que me parece oportuno indicar, porque entre nosotros resultan ambas condiciones incompatibles; el río, cruzado de puentes, divide la ciudad en dos partes; en un lado asoma sus agujas la catedral católica; en el otro se halla la sinagoga judía; la separación eterna; la realidad de las cosas viniendo en ayuda de la tradición. Bayona goza fama de barata; todo veraneante desde que cierra el baúl en Madrid

pejo; una playa coqueta. ¡Lástima de inmenso mar que desde allí se divisa!
Y hasta el domingo próximo en Bilbao
ALFONSO PÉREZ NIEVA.
San Sebastián 12 de Septiembre de 1890

EL PASTOR SILENO

(NOTAS DE VERANO EN POZALDEZ)

III

12 Septiembre 1890.

Paréntesis.—Dudas.—Crisálida.
En mi crónica del último día procuré de lineal un cuadro, especie de sinopsis, en el cual llamaba a capítulo los rasgos principales que determinan la característica del Pastor Sileno. Me proponía en dicho trabajo comenzar el punteo de la presente historia, para caminar en seguida a marchas forzadas a suspirado término; pero un inciso impertinente, llevándome a un campo de disertaciones metafísicas baldías, me desorientó de tal modo, que cuando quise darme cata de distracción tan onerosa, me hallaba ya apurando la última cuartilla de la hornada, y no tuve más remedio que resignarme al consabido aplazamiento septenario y héme aquí de nuevo con recientes bríos y afeccionado en la gran cátedra de la experiencia, como si en este importante pleito no hubiera ocurrido el menor desaguisado.

El primer obstáculo que encuentro en

satíricos leznazos, sobre todo aquellos que jamás han puesto la pluma sobre el terso papel para departir con el eterno ilustre, ó que si alguna vez la pusieron fué lo mismo que ponerla en un barbecho.

Sin embargo, no se crea que tengo yo tan pocas agallas que vaya a soltar la peña y a esconderme en un rincón lleno de fementidos temores, que no deja de alcanzarse me que si por miedo a los gorrones no se sembrara trigo, seguramente no habría muchas panaderías. Es necesario sembrar sin miedo a los pájaros, ni a que algunos granos caigan en el camino ó entre zarzas: siempre hay una simiente que cae en tierra agradecida y produce ciento.

A salvo mis puritanos escrúpulos con el precedente exordio, no menos ocioso é interesante que su hermano el del otro día, hago tabla rasa de todo linaje de ceremoniosos discretos y cogiendo en mis peca-dorosas manos al infante Tenazas, en los mismos umbrales de la vida, que están junto a las lindes de la muerte, digo que sus padres fueron labradores y dueños de una bonita fortuna; pero la desdicha, que siempre anda a salto de mata, se entró de rondón en la casa molinera de los Tenazas, allá por el año de gracia y cólera de 1855 y dejó huérfano al muchacho cuando aún no había concluido el desbarrazado aprendizaje del andar á gatas. El chiquillo y su hacienda pasaron, como es consiguiente, a la cura de solícitos albaceas, los cuales no se durmieron en las ociosas plumas del regalo y chaparon como sangajas todo el zumo que pudieron extraer de la sustancia herencia hasta dejarla más seca que un espárrago. Ocreció el muchacho con inclinaciones a no hacer cosa alguna de provecho, y luego de asistir a la escuela tres años, resolvió no tolerar más disciplinas ni más domines y se declaró autónomo, tal vez presintiendo que el ser chico es una ganga, si se prescinde de escuelas y monitores.

Llegó a los catorce abríles, viéndose invadido por una cruzada de descorazonamientos y un enorme caudal de melancolías propias de los primeros años de la adolescencia. El hombre se revolvió impaciente é indómito en la estrecha cárcel del niño, pugnando por romperla. Sentía el aislamiento general del adolescente y hacia los mayores esfuerzos para destruirlo; pero todo en vano. Los niños huían de él por miedo y los hombres le desdaban. Presentía el amor con sus deleites exquisitos, y no podía franquear las grandes barreras que dan acceso al delicioso paraíso. Si hablaba en público, nadie le hacía caso; veía a los mozos requebrando a las muchachas y si alguna vez, picado de envidia ó de deseos, se aventuraba a decir una galantería, lejos de ser bien recibida era asunto de mofa. Leía historias de mil proezas y se le hinchaba el pecho de ilusiones al creer que más adelante haría cosas tan estupendas que la fama tendría que colocarle en la línea de los más famosos paladines; pero pronto, apagándose las ingenuas llamaradas de sus entusiasmos con el viento de la realidad y la impotencia, sentía aumentarse el caudal de sus tristezas y buscaba para su desahogo el campo, corriendo a la desbandada y sin reposo por los sitios más agrestes y solitarios, y allá en el aislamiento lloraba lágrimas de desesperación y consuelo. La enfermedad iba en aumento: su ansiedad y su desasosiego eran insaciables; hubiera querido saberlo todo; conocer todas las ciencias, dominar las artes; pero no tenía calma para aplicarse a una sola y seguir paso a paso el perdurable camino hasta conseguirla ó dominarla.

Así pasaba los días llenos de fiebre y las noches excitadas por la inquietud, enviando los inocentes recreos de la puericia y presintiendo los tempestuosos placeres de la virilidad. Empezaba a leer una novela, y al poco rato, ávido y delirante, corría el volumen, cogía la pluma y quería escribir un libro, asombro de las edades, que le diese fama imperecedera; pero todos sus entusiasmos se extinguían al momento, y ni una sola idea de tantas como bullían en su mente hallaba fácil curso para deslizarse reposadamente por los agudos puntos de la pluma. Deseaba en secreto la vergüenza de tan palmaria derrota, procurando el desquite en distinta esfera, con lo cual sólo conseguía aumentar el opulento núcleo de sus fracasos. Su voz iba gradualmente adquiriendo tonos de gravedad y de reposo é imprugnándose de acentos de melancólica indolencia. Su imaginación alborotada ponía de continuo ante sus ojos la peregrina silueta de la mujer cariñosa, ríndida y enamorada, y en la dulce revelada de los expresivos afectos y las deliciosas expansiones creía oír el armonioso timbre de la voz femenil modulando notas llenas de miel y rebentadora poesía. Quería estudiar la causa de sus tristezas, y nunca hallaba medios de conseguirlo; procuraba hacer una minuciosa auscultación de su estado psíquico y no hallaba la razón oca-



Santa Cruz de Tenerife

ahog; pero rancia, arcaica, que vive apaga-da ésus costumbres, sin trato con las capitales modernas, usando todavía corbatin de siete vueltas y zapatos con galgas, levita verde y traje de damasco. Por lo demás en sus afueras se alzan cinco ó seis fábricas que revelan su existencia propia, desahogada, independiente; para los paseantes a los que nada importan los embolos la nota de Rentería es su purísima leche de vacas.

El valle de Loyola.

Está en el camino de Hernani, pero hay que bu-carle para poderlo encontrar; al revés de Ategorrieta, se esconde detrás de una muralla de huertos y quintas; diríase que le da vergüenza de la gente; es un pasaje de Virgilio; la carretera, entolada por las copas de los árboles, sigue la misma dirección del río; son dos amigos que hacen la jornada juntos; a la derecha se prolonga el paisaje inmenso poblado de casitas; los ojos extasiados descubren una dilatada llanura bordada de hortalizas y maizales; un oleaje verde que ondula al rozarle la brisa; un gran tapiz tejido por la asombrosa mano de la naturaleza; en la línea del horizonte limita el lugar una cadena de montañas con árboles; aquí, allí, en este lado, en ese otro surgen detalles encantadores; el puente que se empina y atraviesa descaramadamente sobre el río; el río que palidece al hundirse en un batimiento de sombra que le forman las pomposas ramas de un pedazo de arisca selva virgen; las aldeanas lavando, metidas hasta la cintura en el agua; una carreta cargando piedras, con sus dos buyes rubios hundidos en las ondas sin protestar del baño ni espantarse de la corriente....

Allí no se oyen pitidos de locomotora ni bocinas de tranvía; nada rompe el silencio solemne del paraje, salvo el eco de alguna voz que canturrea y el chirriar de alguna rueda que gruñe; la nota del lugar es de una placidez infinita, de una calma suprema; el río anda lentamente; las hojas se mueven despacio; el aire huele a heno, a yerba fresca, a musgo húmedo, a establo, a vaca, a cosa rústica; en las ca-

piensa en ir á la célebre ciudad francesa á comprar un paraguas ó un impermeable, que le cuesta lo mismo que en la corte, por que los españoles que nos hemos importado en Bayona no nos hemos ocupado, con nuestra falta de práctica, de lo más útil: de crear una ley monetaria para ambos países, á fin de evitar el cinco, seis y aún diez por ciento de descuento que sufre nuestra plata para ser admitida.

Por lo demás, á primera vista se advierte que aquello es Francia; en todo, en las casas, en los habitantes, en el ambiente, se echa de ver una cultura suprema, un gran adelanto, un infinito refinamiento; el trato de las gentes es amable; están prestos cuantos deseos se puedan sentir y cuantos goces se puedan apetecer; la población resulta desigual; la parte antigua es muy característica; tiene algo de una vieja con coña; la nueva, ó por lo menos la más moderna, cuenta con calles lujosas, abarrotadas de bazares como la de Port Nuf, con vías anchísimas como la de Thiers, con plazas como la de la Libertad y la de Armas....

Tomemos el tranvía de vapor que parte del campo de Sta Marie. El panorama ofrece el aspecto de un parque, todo el terreno es un gran jardín; está tan cultivado, tan atendido que parece una sola é inmensa heredad desde el principio al término. Hemos llegado á Biarritz, el rincón favorito del mundo dorado madrileño, la concha de Venus donde lucen nuestras elegantes sus desnudos, el territorio de Eros la ardiente. La naturaleza ha desaparecido, la sustituye la mano del hombre; desde la roca de la Virgen hasta el Faro todo es artificial, amanerado, fingido. Biarritz es una vistosa bombonera, atildada y brillante; posee la hermosura ligera de las estatillas italianas contemporáneas; á un lado el Puerto Viejo, el Casino; á la espalda una hilada de palacios grises, primos, afectados, el casetón del balneario en primer término; por todas partes comercios de joyas y telas; la moda siempre; hasta los árboles resultan peinados, cosméticos y tiosos; es un lugar aquel que sonríe con la sonrisa estudiada en el es-

esta carrera de campanario es la manera como he de biografiar á mi patrocinado, para que una vez pintado por mi privilegiada pluma todo el mundo pueda verlo con claridad meridiana. Siendo opinión universalmente admitida que no hay historia sin ribetes de novela, dicho se está que la historia de autos ha de tener perfiles románticos, y en esta formidable coyuntura, si acentúo los tonos ideales habrá un buen número de lectores que con mucha razón dirán que mis narraciones están plagadas de insulsezas líricas y cándidas. Si prescindo de dichas filigranas y me arranco en seco, apoyándome en textos puramente legales y ortodoxos, otra grey, no menos respetable y atendida, va á salirme al atajo para echarme el *quién vive* y decirme que las historias particulares, contadas á teja vana, no tienen ningún valor moral, supuesto que de ellas no puede derivarse ninguna enseñanza provechosa.

De las anteriores premisas se deduce voluntariamente que el único medio de salir airoso de este asunto consiste en adoptar un término prudencial que puntualice el equilibrio de la balanza, sin viciosas parcialidades, que necesariamente habrían de lastimar los sagrados fueros de la lamaculada justicia. Pero de este mismo remedio nace una nueva dolencia; que, por artes maravillosas y secretas, las cosas morales están fatalmente superlatadas á las mismas contrariedades y contingencias que las cosas físicas, hasta el punto que muchas veces es peor el remedio que la enfermedad. El caso es que yo no hallo una fórmula adecuada mediante la cual me sea dable el privilegio de complacer á todos. Si cito autores van á llamarme presuntuoso; si hago alardes de erudición me tildarán de indigesto; si perfilo y dejo cernidas las oraciones me darán el dictado de cursi; si no las perfilo dirán que soy vulgar; si bordo algún pasaje con frases latinas me considerarán manido y neo; si hago un par de equilibrios en inglés ó alemán dirán que me pongo moños y me llamarán hijastro y anglo-tudasco por añadidura. En fin, que entre unos y otros han de acerbillarme á

sional de su dolencia. Su pecho estaba continuamente agitado por distintos afectos; á veces sentía pavor al ver una sabandija, y en otras ocasiones, con temeraria imprudencia, ostentaba a un toro á campo raso. La naturaleza, por otra parte, llamaba á rebato á ciertas pasiones y él ni tenía fuerzas para sofocarlas, ni ocasión de satisfacerlas: sentía que la sed le abrasaba, y no tenía valor para acercarse á beber en el cristalino arroyo, por miedo de que algún áspid le hiriese de improviso. Así llegaba la noche tras un día de duro batallar, y al plegarse sus ojos con el peso del cansancio, su imaginación calenturienta volaba al mundo misterioso de los sueños, para volver con las primeras luces del alba, triste pálido y ojoso, á la espantosa realidad de la vida.

EL INDOLENTE.

PONCHE REVOLUCIONARIO

Hemos venido á parar en que nada cierto se sabe acerca de las últimas frases del Sr. Ruiz Zorrilla.

Atribuyóse primero al jefe del partido revolucionario la declaración de que, existente el sufragio universal, se debía prescindir de los medios violentos para alcanzar el triunfo de la República; y á todos causó extrañeza tal cambio de opinión, siquiera en el fondo todos lo considerasen lógico, atendiendo á muchos anteriores indicios. Al día siguiente comenzaron las rectificaciones. Y rompió la marcha la siguiente:

«El Sr. Ruiz Zorrilla dice que respecto á sus palabras de que no es partidario del *advenimiento de la República por medio de la revolución*, debe entenderse que esta afirmación se refiere á un país donde el sufragio sea una verdad, y donde con el voto del pueblo y de las Cámaras se pueda obtener el cambio de gobierno.» En tal caso no deben hacerse revoluciones. Pero como el Sr. Ruiz Zorrilla cree que la monarquía no querrá inclinarse jamás á esta prueba, si le fuera contraria, opina que es fatalmente necesario que el pueblo se imponga.»

Un poco traída por los cabellos nos pareció la distinción, mas á pesar de ello y de lo que relatan los pocos diarios de París que han hablado con alguna extensión del asunto, estábamos ya dispuestos á aceptarla, cuando he aquí que en *El Liberal* aparece una versión auténtica del discurso, la cual ha vuelto á desorientarnos y á fomentar las dudas, casi del todo desvanecidas.

No puede negarse que es irrecusable el texto del referido periódico, dado que á su corresponsal en París cupo la distinción de presidir el banquete.

«La República es una necesidad para España. Estoy perfectamente convencido, sin la más ligera sombra de duda, que la mayoría del pueblo español quiere el régimen republicano. Ya comprendéis que si yo no tuviera ese convencimiento, ó mejor dicho, esa evidencia, yo no hubiera cedido mi sueldo á la causa de la revolución, pues al establecer por una revolución contra la opinión de la mayoría del país el régimen republicano, podría haber dado el triunfo á la República, pero no hubiera triunfado la democracia. Nunca se cree en las revoluciones hasta que triunfan, y puesto que estamos en familia permitidme un símil: en las revoluciones sucede como en la virtud de las mujeres; mientras la virtud subsiste, nadie cree que vaya á perderse; en las revoluciones no se cree nunca hasta que estallan.

Pero no se acaba con una dinastía histórica en un día; no se improvisa una República en un momento. Os hablo así para que no confundáis la situación en que se halla la causa que defiendo con la de los republicanos húngaros ó con la de los que esperan el Mesías. Algo pudiera decirse para que no nos comparéis con ellos, pero quizás mis palabras os parecerían las palabras de un testigo demasiado parcial, y mejor que intentar decirlos prefiero decir que tengáis confianza en mí. Pero, pues, mi obra republicana y revolucionaria, seguro de que no soy intérprete de los deseos de una minoría, sino de las aspiraciones de la mayoría del país.»

Todo ello está muy bien, pero resulta una incongruencia inexplicable. Después de leer lo copiado, no se ve la necesidad de las primeras rectificaciones. Según parece, el Sr. Ruiz Zorrilla no se refirió directa ni indirectamente al sufragio universal.

¿A qué, pues, la explicación enviada á *L'Éclair*, en la cual se distinguía entre los pueblos donde el sufragio es una verdad, y aquellos otros donde, como en el nuestro, es, ó será probablemente, una mentira?

Ninguna prueba mejor de que tampoco reviste la deseada exactitud la versión enviada desde París por el Sr. García Ladevese.

Quedamos, por tanto, en que se ignora lo que dijo el Sr. Ruiz Zorrilla, y en que la rectificación mencionada presta mayor autoridad á la primera que á la postrera edición de su brevísimo discurso.

Y aquí nos asalta una sospecha, que, con sinceridad lo declaramos, no tiene nada de ofensiva.

Es posible que el Sr. Ruiz Zorrilla haya hablado en francés y no en castellano, y que á causa de ello no le hayan entendido bien ni los franceses ni los españoles. De todas suertes no hay duda que los diarios parisienses, á quienes llamó la atención lo ocurrido en ese *ponche* de verano, estuvieron contestes en interpretar las frases del jefe progresista como un tributo natural y debido á las virtudes del sufragio, y como una sencillísima consecuencia de opiniones, actitudes y hechos que de antemano les eran conocidos.

Además, las afirmaciones del Sr. Ruiz Zorrilla, según el texto oficial, tienen el mismo ambiguo carácter que las del oráculo de Delfos.

Ninguna ocasión más propicia para hablar claro que la ofrecida en el café Riche, donde no se reunieron sino periodistas republicanos, y en la cual no hubo, que nosotros sepamos, ni diplomáticos ni ministros, ni personas cuya representación oficial demandase tan exquisita reserva.

Por todo ello, después de dar una prueba de imparcialidad insertando las consabidas rectificaciones, nos permitimos insistir en nuestra primera apreciación, y nos guardamos de poner coto al regocijo que la metamorfosis gradual de los elementos revolucionarios nos produce.

Sabemos bien, de acuerdo con el señor Ruiz Zorrilla, que no es obra de un día el derrocamiento de la institución secular, ni el fun-

der una República, ni el prescindir de un sistema que se ha seguido con ardor por espacio de muchos años.

Comprendiéndolo así, no nos maravilla la forma lenta y precavida con que va recorriendo etapas y plantando jalones. Deseámosle el mejor éxito en su evolución, y nos felicitamos del propósito que en todos sus actos y palabras recientes se adivina.

Ya era tiempo de que advirtiese cómo la tragedia de *Los emigrados* se había convertido en el sainete de *Los inútiles*.

ECOS POLITICOS

Juzga el *El Día* de la actitud del Sr. Romero Robledo, y dice:

«Convencido al parecer, y por el momento, de que la creación de un tercer partido no tendría éxito y de que sería tarea impropia disputar la jefatura de los dos que hay en condiciones de turnar en el poder á los Sres. Cánovas y Sagasta, empieza á defender la necesidad de que se reorganicen las agrupaciones políticas, á ver si de este modo encuentra colocación cómoda para sí y sus huéspedes.»

Y entretanto los envía á comer de cinco en cinco á casa de Cánovas.

Casa á la cual no ha enviado más amigos por miedo de que les coja debajo. Porque de la situación del Sr. Romero Robledo y de su relativo alejamiento del Sr. Cánovas sólo pueden deducirse dos cosas:

Ó no entra porque Silveira se lo impide, ó no quiere entrar porque juzga éste como un gobierno provisional.

Como dato curioso debe consignarse esta observación hecha con toda la formalidad que le es propia por un periódico conservador:

«Compárese el actual período de propaganda con otros, cuando los liberales estaban en el poder; compárese el reposo en que el país vive con las sordas agitaciones que antes existían; compárese la actitud de los revolucionarios de 1886 y 87 con la que hoy observan, y dígame si el advenimiento al poder del partido conservador no ha serenado las pasiones y no ha producido bienes inapreciables.»

Demos por bueno que en 1887 hubieran tenido una grave actitud los revolucionarios.

Y depuesta aquella, por impotencia moral, en 1888, 1889 y 1890, no será más cuerdo atribuir á la política seguida durante años los éxitos que esta situación no puede haber obtenido en dos meses?

Es curioso lo que ocurre con la gente conservadora. Cuando se les acusa por lo que dejan de hacer, dicen que apenas han llegado, y cuando se trata de supuestos triunfos, quieren que todos se deban á los setenta días que llevan mandando.

Ann no tenemos noticia de la llegada del Sr. Isasa á su residencia habitual, San Sebastián, y esto nos tiene disgustados.

Pero á bien que en estas épocas de capitánías generales interino peripatús, como la de Barcelona, no faltan medios de esparcir el ánimo.

Enterándose, por ejemplo, de lo que le toca hacer al Sr. Silveira en Murcia cuando haya extirpado de Castellón el caciquismo del duque de Tetuán.

De ello dará idea este recorte de una carta que le dirigen desde Cieza á *La Justicia*:

«Veintidós años hace que el Sr. Cánovas es nuestro diputado, y en todo ese tiempo los ayuntamientos no han rendido cuentas de los fondos municipales; lo mismo ocurre respecto á los fondos del Posito, mercedados y casi extinguidos ya por filtraciones e irregularidades tan graves que, en día no lejano, han de producir muchísimos procesos; el nepotismo es aquí más repugnante que lo fue en Italia en tiempo de los Borja; los Médici, los Gondi, los Buonapartes y los Baudouin nuestros caciques. ¿Mejor dicho, los de Cánovas, no contentos con el predominio político, aspiran al municipal, y llevan trazas de conseguirlo, porque con frecuencia se oye decir que al alcalde, el depositario de fondos, el secretario ó los concejales de tal ó cual pueblo llevan participación en subastas de consumos, de arriendos de montes comunales y de toda clase de arbitrios y servicios.»

Los conservadores habían prometido encauzar la administración y acabar con el caciquismo.

«Buen campo de operaciones tienen en el distrito electoral del Sr. Cánovas!»

Por telégrafo hemos sabido la última actitud del Sr. Romero Robledo, expresada en las columnas de *El Guipuzcoano*.

Dice aquel diario:

«El partido reformista no mendiga alianzas, ni por diosa benevolencias, ni está de viaje, ni llama á ninguna puerta, ni busca fondadero.

Iremos donde y con quien nos plazca, llámese como se quiera; mejor y más contentos si se llama Cánovas, que, aparte de nuestro afecto, es el que hoy puede ofrecer remedio más cercano á las desdichas del país.»

Vamos, que el Sr. llamara Silveira no irían ustedes con él á parte alguna.

No por nada, sino porque á él no le gusta la compañía.

En fin, lo de preferir á Cánovas porque «es el que hoy puede ofrecer remedio más cercano», está bien dicho.

Pero los reformistas están en el caso de decir: ¡De Dios nos venga el remedio!

Porque en la tierra están casi tan mal como Martos.

Habíamos quedado en que los conservadores iban á traer el imperio de la moralidad.

Pero eso sucederá cuando se falle la causa ultramarina de Prado.

A juzgar por estas líneas de un periódico sevillano:

«Esta semana ó la que viene, no sabemos á punto fijo, pero seguramente antes que empiece el curso académico, se publicará una *Guía casi oficial del jugador*, con expresión de todas las casas en que actualmente se juega en Sevilla, las horas que dura la sesión de cada una; si se da la tostada al mío; si hay ó no doble cero, y con el dato importantísimo de si puede ó no puede ser sorprendida por la policía.

Los autores de tan curioso libro no esperan, para publicarlo, mas que el Sr. Silveira les despache una solicitud que le han dirigido pidiéndole una subvención en nombre de la moralidad administrativa.»

No esperan los autores ayuda de nadie. El gobierno mandará que no se juegue; el gobernador dirá que no se juega, y seguirán echando ases á la hora correspondiente.

Y eso que el gobernador sevillano dispone de dos bastones.

El suyo y el de aquel *Bastón*, picador conservador que tanto brilló hace dos años en Sevilla cuando fué por allá el señor Cánovas.

Se llama «La epidemia presidencial» el fondo que ayer escribió *La Epoca*, y de él copiamos estas líneas que encierran el criterio que lo inspiró:

«En pocas semanas hemos visto, hondamente perturbada por el microbio presidencial, á las Repúblicas Argentina, de Guatemala y Salvador; hemos visto destituido á Juárez Celman tras de sangrienta lachada en las calles y plazas de Buenos Aires, asesinado á Moreno, triunfante á Ezeta, muertos á Marcial y Barrandía, en guerra á los Estados de Centro América.

Esto no impedirá que los republicanos españoles sigan ponderando las excelencias de un régimen cuyos resultados tenemos á la vista.»

Apreciable colega:

El derecho de sucesión nos ha hecho víctimas de varias guerras civiles é internacionales.

La independencia nacional se ha visto hollada desde Guadalete á Bayona por onipotas de la monarquía.

Los Borbones lucharon contra Francia hace un siglo, y los Bonapartes la condujeron á la humillación, hace veinte años.

Monárquicos han sido los gobiernos que perdieron las Américas; los que originaron los conflictos del Chirí y de las Carolinas; los que nos metieron en la aventura de Santo Domingo; los que han empobrecido á Italia por el pujo de las alianzas....

Y... ¿esto no impedirá que los monárquicos españoles sigan ponderando las excelencias de un régimen cuyos resultados tenemos á la vista?

EN LA COCINA SIEMPRE AL QUITE

Ayer publicó *La Epoca* un artículo titulado *Crónicas culinarias*, firmado por D. Augusto Jerez Perchet, en el cual se leon á la vez, llamándose primero, *especialista*, y luego diciendo que ha incurrido en falta de cuantía omitiendo reseñar comidas de esas que huelen á playa y á marisco.

El omitiendo tiene gracia!

Yo, en mis *Conferencias culinarias*, formulo recetas á granel, y barajo platos según mi leal saber y entender, pero las sesenta y cuatro páginas de que se compone cada tomo, y van seis publicados, no tienen anchuras para soportar toda la carga que se las quiere echar encima y han de llevarla á su destino en varias veces y poco á poco.

Además, cuando á mí se me antoja empujarme con los mariscos y con las comidas de playa, puedo estar seguro el señor de Jerez que no me acordaré para nada de Málaga la bella.

Para comer mariscos y pescado, nuestra costa cantábrica. No hay que darle vueltas.

Eldis que yo le cuento al público cierta comida que el excelente amigo de todos D. Juan Barrié nos hizo preparar en cierta ocasión á varios periodistas madrileños en el *Passaj*, un suburbio de Coruña, entonces se enterará el que leyere ó escuchare de lo que son peces y mariscos, y de cómo los preparan los galleguetos.

En absoluto se podría afirmar que en eso de pescados andan mal los andaluces, aunque sean muy *netos*; así como en las provincias vascas el vino del país no es para bebido. A cada uno lo suyo.

Concedo á Cádiz sus pescadillas y su modo de freirlas. A la Isla las bocas, uno de los *manjares* más entretenidos y que mejor acompañan el cante flamenco.

A Málaga los boquerones, las pasas y el vino de su nombre.

A Jerez el mejor vino del mundo, y á Sevilla los *soldados de Pavía*, hechos con riquísimo bacalao de Escocia nada más.

Ahora, que cada cual debe contentarse con lo que Dios le ha dado y jalarle lo suyo; eso es muy justo y honra más á la familia del interesado.

El Sr. Jerez, al intentar propiarse una lección, así de pasada, y desde Málaga, ofrece á los lectores de *La Epoca* un par de minutos, ó notas, ó listas, pidiendo, entre paréntesis, que se le excuse del galicismo de *menú*.

Reservado, sin acato en la *u*, no es cometer un galicismo, *c'est tout bonnement*, se servir d'un mot de la langue française.

El condimento de todos los manjares, su masticación, deglución é ingestión, son más de apreciar, en verdad, según el escepticismo en que se cometen tales actos y el panorama que dibuja en su artículo el señor Jerez, tiene que excitar el apetito y que deleitar los sentidos.

Ciclo espléndido, montes y valles, cerros y laderas, hotelitos y cortijos, mucha playa, mucha, y luego... la mar. Naturalmente que la vista así recreada, alegra los corazones, y se canta uno y se balla por todo lo alto, aunque no se coma otra cosa que higos chumbos, con semejante decoración!

El principal objeto del artículo del señor Jerez es la exhibición de estas dos minutos por él confeccionadas y que copio:

Almuerzo.

Ostras malagueñas.

Paella.

Moraga de sardinas.

Breca á la marinera.

Boquerones fritos.

Calamares en su tinta.

Robalo á la salsa de anchoas.

Entremeses de rabañillos, aceitunas, pepinillos y salchichón.

Vinos de Jerez y Manzanilla.

Café y cognac.

Comida.

Ostras.

Sopa de rape.

Ternera á la moda.

Lenguado en salsa picante.

Pijotillas fritas.

Besugos á la vinagreta.

Caracoles á la flamenco.

Perdiz en salmín.

Chuletas de ternera á la Bella-Vista.

Ensalada.

Entremeses de anchoas, pimientos y aceitunas.

Postres de frutas variadas y queso.

Vinos: Sauternes, Rhin, Burdeos y Champagne.

Café y cognac ó chartreuse.

En segunda pregunta el autor que les parecen estas listas á los aficionados al arte culinario.

Por lo que á mí toca, muy mal en el fondo, y muy retamal en la forma.

Díre por qué.

Ostras malagueñas.—En Málaga no hay ostras, sino ostiones, y hay que ser de allí para que guste de ellos un aficionado á mariscos.

Paella.—El arroz en paella, ó en sartén, es plato valenciano que se come en las playas de la región valenciana y en el interior de las provincias del antiguo reino.

Moraga de sardinas y breca á la marinera.—Platos buenos exquisitos, pero después de las ostras y del arroz, y teniendo aún que comer boquerones, y que marcharse con los calamares en tinta y que atracarse de robalo con salsa de anchoas,

resultan muchas salsas bañando en confuso tropel pescados, cogidos á capricho, como se pueden tomar por fantasía palabras en un diccionario.

En la minuta del almuerzo, yo no encuentro de Málaga mas que los boquerones fritos y la salsa de anchoas, que allí se hace muy bien.

Vamos ahora á la comida.

Ostras, otra vez. ¿Cómo si se estuviera en Arcachón, en Ostende ó en Cancale?

Sopa de rape.—Buenas sopas, como lo son todas las que se hacen frito en aceite y alargando con agua para conseguir un caldo.

Ternera á la moda.—No sé lo que es. Parecéame esto un galicismo, prestado por la vaca á la moda, para no decir en castellano: «astofado es».

Lenguado en salsa picante.—El lenguado, que es bueno en las costas del Norte de España, es mejor en las septentrionales de Francia, y la salsa picante, en picando, advínase cómo está hecha, si con aceite ó con mantequilla de cerdo ó de vaca.

Pijotillas fritas.—Pijota! pues no sé lo que es este plato pijotero. Pijote sí: es el onónimo de esmeril.

Besugos á la vinagreta.—Es el pescado que se acomoda peor con la vinagreta. El besugo asado, cocido ó frito, lo primero que requiere es haber sido pescado en la porción de mar comprendida entre el cabo Machichaco y el cabo Breton, y luego, aceite y poca sazón, y servirlo caliente.

Caracoles á la flamenco.—A la borgoñesa son excelentes. A la murciana pueden pasar, y en Madrid, que no es puerto de mar, se hace un consumo que compete con el de los callos.

Perdiz en salmín.—En salmín, habrá querido decir el Sr. Jerez. Para este plato: Sigüenza, Sorla, Toledo y Medina del Campo.

Chuletas de ternera á la Bella Vista.—¿Mas ternera! ¿dos veces ternera en una misma comida?

Lo del andaluz del cuento. Se hacía con dimentar con un pollo cuatro platos: un alón frito, un alón en pepitoria, una pata asada y una pata frita con salsa mayonesa, y aún le sobraba pollo.

Vinos.—Sauternes, Rhin, Burdeos y Champagne. Todos ellos extranjeros. ¡Me parece bien! Lo mismo que omitir entre los postres las pasas de Málaga.

Para que coma bien el Sr. Jerez en el mismo sitio en que sus *sardanapáticas* comidas le parecen dignas de príncipes, le voy á dedicar una minuta de comida que vale lo menos dos:

Sopa de rape.

Boquerones fritos.

Canutillos de ternera en salsa tomate.

Robalo, asado al horno.

Brengonas rellenas.

Perdices asadas, adornadas con setas de la Sierra de Ronda.

Ensalada.

Entremés y postres variados, pero en que desuelen el queso del país y las pasas.

Vinos: Manzanilla, Xerez, Montilla, de la Costa, Valdepeñas, Tintilla de Rota.

Café y aguardiente de Ojén.

No tiene nada de particular que el señor Jerez consigne en su artículo que rinde un culto mas platónico que real al arte culinario, en vista de que sus adiciones no armonizan con los medios de que dispone para satisfacerlas.

No hay fortuna, ni la de Fernán-Núñez, que agudase á diario comidas como las recomendadas por el Sr. Jerez.

Es preciso fijarse bien para apreciar el alcance del coste, aunque se consuman los artículos al pie de fábrica.

La ternera, que ni es marisco ni pescado, ó plato de rigor en una comida á orillas del mar, es manjar caro, y dos veces ternera, más caro aún.

Que hemos en todo siempre: en que en Málaga se comen los mejores mariscos y los mejores pescados, admirablemente condimentados, según los malagueños;

En que en Huelva se gustan los frutos del mar mejor que en parte alguna del mundo, según los onubenses.

En que para un buen bacalao á la vizcaína no hay como Alcazar de San Juan, si se quisiera creer á los manchegos.

En que el vino mejor es el Valdepeñas, el de Arganda, el de Rioja, el de Zamora, el de Aragón, el de Aleja, etc., etc., con arreglo al gusto y conveniencia de cada quisque de dichas regiones.

Y quedamos, por último, en que, en tanto la reputación de algo ó de alguien no traspasa los límites del campanario de su pueblo, no puede considerarse la cosa ó la persona bien reputada, y aun en muchos casos, ni siquiera conocida.

Yo le prometo al Sr. Jerez ocuparme muy en breve de las comidas que huelen á marisco y á playa, y para que estas líneas no le parezcan exageradas, yo le ruego á dicho señor que mande al mercado de Madrid una partida de ostras malagueñas, otra de besugos y algunos lenguados, y verá como antes se venden las ostras, los lenguados y los besugos de otros puntos muy distantes de Málaga y que no están bañados por las aguas del Mediterráneo.

De no haberme mentado el Sr. Jerez en su artículo de *La Epoca* de anoche, no hubiese yo contenido sobre el particular, que me ha hecho pasar una hora muy agradable, pues la ciencia culinaria me embelesa, dicho sea con perdón del señor D. Francisco Flores García, firmante de un artículo de cocina publicado ayer en el *Madrid Cómico*.

ANGEL MUÑOZ.

TELEGRAMAS

(De la Agencia Mencheta.)

Valencia 13 (4 tarde).—Recibido á las 9 y 30 de la noche.—Hoy han ocurrido invasiones del cólera en las calles de Naquera, Padilla, Marchalines, Puente Serranos, Quevedo, Rey D. Pedro, D. Ventura, Cruz, Ruzafa, Monte Olivete, Jurados, Rocas, Sogueros, Gracia, Barcas, en el lazareto de San Pablo, San Vicente y poblado de Banismat. Ayer hubo 26 invasiones y 15 defunciones.

En el pueblo de Manises, dos y una; Silla, una y una; Villamarchante, una y dos; Sotcherá, dos y una. Entre todas, 19 invasiones y 12 defunciones.—Guix.

Agencia Fabra.

Vapor correo.

Puerto Rico 13.—Ayer salió de este puerto, con rumbo para el de la Habana, el vapor correo *Buenos Aires*.

Los vinos en Francia.

Cette 13.—A pesar de las protestas y activas gestiones del comercio español, de

importación de vinos, han quedado asistiendo las últimas disposiciones del gobierno francés que las aplica rigurosamente con los vinos que han llegado después de dictarse la última circular de dirección de Aduanas.

Hasta ahora nada ha obtenido el gobierno español, olvidando sin duda no lo que sufren en el muelle las mercancías sino que los importadores son personas criminalmente como introductores de vinos que se conceptúan como falsificados. Nuestro embajador debería exigir, no suplicar, y la prensa consignar la tica situación creada al ramo más importante de la producción nacional para la opinión apoye esta protesta contra proceder inculcable del gobierno francés.—Por la comisión, Gomez.

Negociaciones.

El Cairo 13.—El Sr. Palmer ha mandado hoy con dirección á Londres para negociar con los banqueros ingleses la versión de la Dauda egipcia.

Renuncia.

Londres 13.—Despachos de Roma publican el *Daily Chronicle* presentando probable la retirada del Sr. Sussani, ministro de Hacienda, que en el día queta de Udine no protestó contra los cursos irredentistas.

Lo de Armenia.

San Agustín, núm. 2.

PEDIR EN TODO EL MUNDO... LAS AGUAS DE CARABAÑA

PURGANTES, DEPURATIVAS, ANTI-BILIOSAS, ANTI-HERPETICAS Y ANTI-ESCROFULOSAS

UNICAS EN EL CONSUMO. VENTA FARMACIAS Y DROGUERIAS

ESPECTACULOS

JARDIN DEL BUEN RETIRO.—4 1/2.—Concierto.
APOLLO.—Función última del célebre uisionista Dr. Nicolay.
MARTIN.—8 1/2.—Esos son o ros López.—La restauración.—Tío y no he sido.—Oro, plata, cobre y nada.
4 1/2.—La tempestad.
FELIPE.—9.—Pan de flor.—El chaleco blanco.—La baraja francesa.—Las tentaciones de San Antonio.
5.—La noche de estreno.—El chaleco blanco.—La baraja francesa.
LARA.—9.—El sueño dorado.—Mariquita.—Viajeros de Ultramar.—Segundo acto.
5.—Baltara la pellería.—¿Quiérete usted con nosotros?—La almendra del terciro.
MARAVILLAS.—9.—Sr. Gallina. Un pretexto.—Un gatio de Madrid.—Hace falta caballero.—Hace falta un caballero.—Un gatio de Madrid.—Sr. Gallina.
ESLAYA.—8 1/2.—Una señora en un trío.—La primera y la última.—Las doce y media y sereno.—El cabo Baqueta.
4 1/2.—Hija y madre.—Las citas.
ROMEO.—8 1/2.—Lanceros.—

seis reales con principio.—Uha teau Margaux.—Mi mirra cara. Baile en cada acto.
 —La almendra del terciro. Baile. Segundo acto.—Baile.
JE JO H PODROMO.—5 y 9.—Variadas funciones de ejercicios equestres gimnásticos y acrobáticos.
JOLON.—y 9.—Ejercicios acrobáticos, gimnásticos, cómicos y acrobáticos.
LICEO RIUS.—Gran baile desde las tres y media de la tarde hasta la una de la madrugada.
NUUEVOS ELISEOS.—Gran baile los días de las ocho de la mañana.
SALON DE LA PAZ.—Claudio Coello, 34, Mercado.—Gran baile de 8 1/2 de la tarde hasta las 12 de la noche.
FRONTON.—(Puerta de Toledo).—4 1/2.—Gran partido de pelota.
FRONTON.—(Detrás del Retiro).—4.—Gran partido de pelota.
PLAZA DE TOROS.—3 1/2.—Corrida de beneficencia ocho toros. Cuatro de Nania y cuatro de Camara lidiados por: Lagartijo y Angel Pastor.
San Mateo, 22, dup., pral Centro de contratación de compra venta de toda clase de fincas en comisión.

LIBROS

VINOS VINAGRES, ACEITES, AGUAS OLOROSAS, etc. etc.
 —114 Recetas secretas del acreditado D. Antonio Buza. Se dan prospectos y se vende la obra en la librería de D. Juan Oliveres, Escudillers, 57, y principales librerías de Barcelona.

TERCIANAS

¿Queréis o no curaros no hay que se resista a las acreditadas píldoras de Mias de Pérez Nieve. Caja con 80 píldoras, 5 pta.; media con 40, 3 pta. Se venden en todas las mejores boticas de España. Madrid, el autor, Ruda, 14.

CLASES DE INGLÉS teóricas y prácticas. Velázquez, 37, 1.º izq., de 8 a 12.

COMPIA LIEBIG

VERDRO EXTRACTO de CARNE LIEBIG



Las mas altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1889.
 FUERA DE CONCURSO DESDE 1885.
 Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos.
 Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta.
 Se vende en las principales Droguerías, Farmacias y Casas de Comestibles.

Se vende por mayor: Depósito central para Francia y España, 30, Rue des Petites-Ecuries — PARIS. En Madrid dirigirse a D. Antonio Montalban, agente, Carrera de San Jerónimo, 51.

Píldoras Catárticas del Dr. A.

La Mejor Medicina de Familia.



MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona.

El mejor purgante vegetal y único que cura positivamente todas las afecciones del estómago y los desórdenes de vientre así como la ictericia, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y dolores de cabeza. Tomadas a tiempo, evitan las molestias que en muchos casos producen las purgas violentas.
 Evitan siempre sufrimientos y gastos a los que las tónicas empujadas a veces prescriben con gran éxito. Los enfermos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

Preparadas por el Dr. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U.S.A. Agentes Generales para España: Vilanova Hermanos, Compañía.—Barcelona.

LAS CALLES DE MADRID

Noticias, tradiciones y curiosidades, por don Hilario Peñascos y D. Carlos Cambrónero. Grabados de la Cordera.—Esta obra utilísima contiene un plano de Madrid del siglo XVII. Puntos de venta: Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; San Martín, Puerta del Sol, 6, y en las principales librerías de Madrid.
 NOTA. No confundir esta obra con sencillas folletos titulados Guía del viajero en Madrid.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta SOCIEDAD admite anuncios, llamados y noticias para todos los periódicos de Madrid, provincias y extranjero. Envía GRATIS tarifas de precios a las personas que las piden.
OFICINAS
ALCALA, 6 Y 8, MADRID
TELEFONO 517

MAQUINA DE IMPRIMIR

Se vende una máquina alemana, sistema Koenig et Bauer, muy a propósito para tirar grabados.
 Tira 1.500 ejemplares por hora.
 Se dará en precio módico.
 Informarán en la Administración de este periódico.

LA FUENTE DE SANTA POLONIA Y EL DUENDE CRITICO

Curiosidades madrileñas por D. Hilario Peñascos y D. Carlos Cambrónero. Con un prólogo del Dr. Calatravejo. Madrid, 1889; en 8.º de 33 páginas y una lámina, 1 pta. De venta en las principales librerías.

LA CURACION DE LOS TISICOS

Las PILDORAS ANTISEPTICAS AUDET, aprobadas por varias corporaciones médicas, académicas y humanitarias, constituyen el único remedio cierto para combatir la tuberculosis. Curan todos los catarras, bronquitis y enfermedades de la garganta. Curan todos los tísicos de los pulmones o gárganta en el primer grado; el 80 en el segundo, y el 100 en el tercero. Calman la tos, modifican la expectoración, cortan la calentura, abren el apetito y corrigen la fatiga. 19 pta. en boticas y droguerías, y Carmen, 41.—Las remite por correo el Instituto Audet, San Bartolomé, 7, Madrid.

HERPES

CASPA y enfermedades de la piel. Se curan con Antherpéicos Walter. 5 pta. Madrid. Preclados, 32. Van por correo.

AGENCIA GENERAL DE PASAJES MARITIMOS
 Para Montevideo y Buenos Aires pasajes a precios reducidos el 12, 19, 20 y 28.
ADELANTO DE PASAJES para Buenos Aires, Chile, Brasil y Paraná; para
CUBA
 pasaje de mar gratis a obreros de 20 a 40 años.
 Dirigirse a nuestro Director D. Juan Roure, Príncipe, 25, Madrid.



FOLLETO DE 'EL GLOBO' 66

ROMOLA

POR
JORGE ELIOT

Versión castellana de P. Vargas.

La luz puede servir de cortina lo mismo que la oscuridad.
 La conversación iba haciéndose tanto más animada, cuanto que era menos general y más seria.
 El sentimiento de la ciudadanía estaba muy aferrado en los espíritus aún más indiferentes.
 Lo que decía y preparaba el imponente fray Girolamo era la idea dominante de cada uno de los que se sentaban a aquella mesa.
 Antes de que el pescado se quitara de la mesa, antes de que los entremeses hicieran su aparición, su nombre repetíase sin cesar, a pesar de la prohibición anterior de Rucellai, tomando la discusión un carácter marcadamente político.
 Mientras los criados estuvieron presentes, la cosa no pasó de una sencilla charla, respecto a lo que se hizo en Palacio el día de la primera votación para formar el Consejo Supremo.
 Recordóse cuán animoso y dominador estuvo Francisco Valon como si todo debía arreglarse a su antojo, por ser él persona de virtudes austeras, y lo evidente que era, para cualquiera que se hubiese fijado en los discursos de Solderini a favor del Supremo, y hubiera también oído los fla-

mantes sermones del fraile, que ambos abundaban en las mismas idénticas opiniones.
 —La mía es—dijo Niccolo Ridolfi—que el fraile tiene mas talento que Solderini para los negocios públicos, y que todos los demás beatos que le rodean: podéis creer a piés juntillas que Solderini es su instrumento y no el del pobre Solderini.
 —Permitidme Niccolo que os diga que no soy de vuestro parecer sobre el particular,—dijo Gianozzo Pucci—el fraile tiene mucho talento es cierto, y ve pronto y claro lo que puede convenir a sus fines; mas es poco probable que Paglantonio Solderini, que tiene una larga carrera, y que ha estudiado sobre el Consejo de Venecia, vaya a tomar las inspiraciones de un fraile sobre esa cuestión. No, no, Solderini es el que mete la carga en el cañón, aunque, y esto no os lo niego, fray Girolamo sea el encargado de la pólvora y de prenderle fuego a la mecha.—Es el amo del pueblo, y el pueblo empieza ya a ser el nuestro. He dicho.
 —Pues bien—dijo al poco rato Lorenzo Tornabuoni, cuando todos los criados hubieron marchado y empezaron a pasar de mano en mano las botellas de vino,—que Solderini le deba o no le deba algo, nosotros le debemos al fraile la general amnistía acordada en las sesiones del Consejo. Hubiéramos podido hacer muy bien las cosas, sin que el temor de Dios y la reforma de las costumbres decretáranse por una mayoría de cuervos; pero confieso, que la excelente proposición de nuestras cabezas medicas estuvieran autorizadas a seguir adolorando nuestros hombros y que no fuéramos que ceder nuestras fincas como multa, me ha agradado en alto grado; y no creo que otra influencia que la del fraile hubiera podido alcanzar ese triunfo. Podéis abrigar la seguridad mas completa de que fray Girolamo está mas firme que una roca, en su creencia de que este es el único medio conservar la paz. He celebrado una entrevista con él.—Se oyó un murmullo de sorpresa y de curiosidad al otro extremo de la mesa; pero Bernardo Rucellai hizo sencillamente una señal de asentimiento como si supiera lo

que Tornabuoni iba a decir, y la invitó a que prosiguiera.
 —Si, dijo Tornabuoni,—he tenido el gusto de celebrar una entrevista con el fraile en su propia celda, lo cual, permitidme que os lo diga, es un favor poco común; pues tengo mis razones particulares para creer que hasta el mismo Francisco Valori le ve muy rara vez a solas. Sin embargo, pienso que me ha recibido con tanta mas amabilidad, cuanto que yo no era un partidario suyo sino un hombre que se debía convertir. Por mi parte veo con bastante claridad que la única política sabia y segura para nosotros los medicos es la de colocar nuestras fuerzas en las filas del partido del fraile. No somos lo bastante fuertes para gobernar por nosotros mismos; y si el fraile y el partido democrático fueran vendidos, cada uno de los que me escuchan sabe perfectamente el partido que estaría entonces en alza: Merli, Alberti, Pardi y los demás, verdaderos hidrófobos según los llaman algunos, los cuales, en vez de concedernos una amnistía, estarían dispuestos a cogernos por el pescuezo, y no se darian por satisfechos hasta que no se hubiesen librado de todos nosotros.
 Hubo fuertes muestras de aprobación al oír esta última frase de Tornabuoni, mientras el hacia una pausa y miraba un instante a su alrededor.
 —Un discreto distimulo—continuó el diciendo,—es la única marcha que deben seguir los hombres de arraigadas convicciones en momentos, como este en que las pasiones de partido andan completamente desenfrenadas.
 Creo casi inútil manifestaros cuáles son mis verdaderos principios políticos; no soy el único hombre que halle fuertemente ligado a la familia emigrada; pero además de estos lazos, estoy de acuerdo con mis amigos mas expertos, que me permiten ser intérprete de sus sentimientos; yo creo que la única manera de establecer las cosas de un modo pacífico y estable en Florencia depende del predominio y del interés de alguna familia única. Esta teoría del fraile que debiéramos tener un gobierno popular en el que cada cual desempe-

ñara un puesto para el bien común, sin distinción de partidos y de matices, puede ser buena para alguna de las islas por Cristóbal Colón descubiertas, pero no prosperará nunca en nuestra Florencia, tan culta, tan antigua y tan soberbia. En espera lo que tenemos que hacer, a mi juicio, es dejar que ondee el labaro fraileño, pues cualquiera otro que se alzara en estos momentos, convertiríase en bandera negra.
 —Es verdad—dijo Niccolo Ridolfi—en tono breve y decidido,—lo que decis es verdad Lorenzo. Por mi parte, soy demasiado viejo para que nadie creyese que he cambiado de color. Y entre nosotros hay alguno, nuestro viejo Bernardo del Nero, por ejemplo, a quien no podáis persuadir nunca a tomar el escudo de otro hombre. Pero podemos estar tranquilos como perros de presa dormidos, pues claro está que de nada nos serviría ladrar ahora. Quanto a ese partido de cantadores de salmos, que solo votan por la gloria de Dios, que querían hacernos creer que podíamos amarnos unos a otros, y que si hablan como si el vicio pudiera barrerlos como una pluma por el consejo de los ocho magníficos, estad seguro que no tardará en disolverse. Según dicen todos los sabios, hay dos especies de gobierno; uno en que los hombres enseñan mutuamente los dientes, y el otro en que los hombres sacan la lengua y lamen los pies del mas fuerte. Mañana harán votar definitivamente su Consejo Supremo—la cosa es casi segura—y podrán por lo tanto haber hallado un nuevo sistema de gobierno; pero tan fijo como hay una piel humana bajo cada túnica en el Consejo, su nuevo plan concluirá como todos los demás mordiendo o lamiendo. He ahí mi manera de ver las cosas como simple particular. No encuentro bien hecho para hombres de gran familia, que gozan de buena compañía, el ir, sin miramiento hacia aquellos que se hallan aliados a su partido, en busca de razones vanas, como doctores en leyes.
 Digo con franqueza, en calidad de jefe de mi familia, que permaneceré siempre fiel a mis antiguas tradiciones, y que aún no he visto señal alguna sobre políticas creencias, que vengán a indicarme las

que son buenas y las que son malas.
 amigo Bernardo Rucellai, aquí presento un hombre capaz de razonar, no lo digo yo, y no tengo el menor inconveniente que alguien me dé buenas razones, por ellas guiaré, siempre y cuando coartón mi manera de proceder en consecuencia a un jefe de familia que debe ser fiel a toda su parentela que en él confía.
 —Si os dirigís a mí—dijo Bernardo Ridolfi con una tranquila dignidad que contrastaba fuertemente con la soltura de Lorenzo, aprovechó esta ocasión para manifestar que mientras sus deseos determinados en parte por antiguas creencias personales, no podrá asociarse a ningún proyecto positivo con respecto a las cosas viciadas y de decadencia. Yo mismo podría alegrarme que las cosas volvieran a su primitivo estado, pero con algunas modificaciones, importantes modificaciones. Y afirmo, Lorenzo Tornabuoni, que la mejor política que deben seguir los amigos es unirse al partido democrático. Por mi parte, no rebajo a disimular nada, y no veo actualidad ningún partido o plan que rezo la mas completa confianza. En lo hay igualmente saber y confesión de ideas, y entre los veinte hombres que mis correligionarios en la presente votación no hay ni uno solo con quien me encuentre completamente en desacuerdo.
 Niccolo Ridolfi alzó los hombros y a otro el cuidado de recoger el guante. A medida que el vino circulaba, la conversación hacíase mas animada y franca.
 El deseo de cada cual de parecer el mejor orador fué dividiendo la compañía en pequeños grupos de tres o cuatro personas.
 Fué un resultado previsto por Lorenzo Tornabuoni y Gianozzo Pucci, los cuales se abandonaron a la general conversación para entablar una particular con Tito que se hallaba sentado cerca de ellos.
 Aproximaron poco a poco sus sillas y volvieron la espalda a la mesa y al vino.
 —En verdad, Melema—dijo enton-